CUENTO DE MICHAEL

Imaginaos un pueblo. Antes era el pueblo más bonito de todo el país. No solo porque sus casas eran preciosas y muy bien cuidadas, sino porque los habitantes siempre estaban de buen humor y sonriendo. Además porque justo al lado de este pueblo había un bosque maravilloso.

Este bosque tenía tantos Árboles diferentes, flores de todas los colores del arco-iris y en el medio un lago, aguas tan tranquilas que en las noches de luna llena parecía como un espejo que reflejaba la forma redonda y de color de plata de la luna. Este bosque era como el corazón del pueblo. Cada día se podía oír por todas partes del bosque las risas de los niños del pueblo que jugaban allí, trepaban a los árboles o nadaban en las aguas cristalinas del lago.

A los ancianos les gustaba caminar por los senderos del bosque y recordar su juventud cuando ellos también disfrutaron de todas las maravillas que había en aquel bosque. Y había también muchos animales que hicieron del bosque su casa, una multitud de pájaros que llenaron el aire de sus cantos felices.

Pero todo eso era antes. Ahora ya no se oían las risas de los niños. No había nadie que nadara en el lago ni siquiera caminando por los senderos. Y donde antes había flores ya solo quedaba hojas muertas. Y los árboles que antes estaban lleno de hojas verdes estaban vacíos como esqueletos negros. El lago parecía como una charca negra. No había animales y tampoco pájaros. Este bosque que antes era todo luz, colores y sonidos se quedó oscuro, vacío y silencioso.

Y era lo mismo para el pequeño pueblo. Las casas parecían vacías y solo se podía oír el viento que hacía chocar las puertas y los postigos. Ahora los habitantes nunca salían por las calles. No se saludaban ni tampoco hablaban entre ellos. El ambiente era como el del bosque: pesado, oscuro y lleno de un silencio tenso.

Pero un día que parecía como todos los demás, llegó un joven a este pequeño pueblo de nuestro cuento. Tenía los ojos verdes, el pelo moreno y una sonrisa permanente en la cara. Se llamaba Michael y decía que estaba buscando su destino. Hacía mucho tiempo que Michael estaba de viaje. Entonces decidió quedarse un poco en el pueblo. Ya era el otoño y las noches eran más frías. Él no quería dormir en las calles y fue en busca de un alojamiento en el pueblo. Lo encontró en la casa del panadero y muy pronto empezó a echarle una mano a este hombre que hacia el pan para todos en el pueblo. Muy rápidamente el joven se dio cuenta que había algo triste en este lugar. Preguntó al panadero qué era lo que había pasado en el pueblo para que hubiera un ambiente tan pesado.

El panadero le contó todo: que antes este pueblo era el más bonito del país, que todos los días había sol, risas y buen humor en todas las casas, pero que un día llegó a vivir en el bosque justo al lado del pueblo, un dragón. Y desde luego la vida en el bosque y en el pueblo cambió.

Poco a poco el dragón se comió a los animales que vivían en el bosque, después a los pájaros y aun los peces que vivían en el lago. Sus llamas fétidas habían causado la muerte de los flores, de las hojas, de los árboles.

La luna no quería mostrarse por miedo a que el dragón se la comiera también y pasaba lo mismo con el sol, que cada día se ocultaba detrás de las nubes. También para los habitantes. Ellos tenían miedo del dragón.

Los adultos no dejaban a los niños jugar en el bosque y pronto no les dejaron salir por las calles. Un día el pueblo se encontró completamente rodeado de miedo y temor como en el bosque y este temor ya estaba metido en el corazón de la gente que tras los años habían olvidado como sonreír, reír, vivir.

Cuando Michael oyó el relato del panadero juró intentar ayudar al pueblo, y al amanecer del día siguiente dejó la casa del panadero y se puso en camino del bosque y del dragón. Solo lleva con él una vela para alumbrar su camino. No escuchó ningún sonido ni vio una sola luz a la entrada del bosque. El joven Michael cogió fuerza y con su vela frente a él, como una espada, entró en el bosque.

Todo era oscuro, los troncos muertos de los árboles parecían como sombras temerosas. El aire tenía un olor a quemado. Michael no se dejó impresionar por estas cosas. Sintió el miedo acercarse a su corazón, pero mirando a la llama de su vela sintió volver el valor y el coraje.

Ya estaba en el centro del bosque, en la orilla del lago cuando lo vio, el dragón. Una serpiente enorme, gigante como una montaña que se dirigió con rapidez en su dirección. El único sonido lo producía sus escamas deslizándose. Michael estaba de pie, inmóvil con la vela frente a él, esperando al dragón.

A unos metros del joven el dragón paró, hizo como si fuera a abrir su boca para quemar a este pequeño hombre con sus llamas, pero justo en ese momento Michael con su “espada” de vela dio un paso adelante y gritando con su voz valiente

-*“Yo no tengo miedo de ti, tú eres sombra pero yo soy la luz”*

Había mucha fuerza y coraje en su acción.

¿Sabéis lo que paso?

El dragón empezó a retroceder y a reducirse. Con cada paso de Michael y cada palabra valiente de su voz, el dragón se hizo más pequeño y la luz de la vela creció.

Michael repitió su acción una y otra vez hasta que al final no quedó nada de este dragón. Y el lago en medio del bosque se llenó de la luz caliente de la vela.

El dragón había sido vencido por el valor de un joven que creía en el poder de la luz de una vela. El sol volvió a brillar, los árboles y las flores del bosque crecieron de nuevo, los animales y los pájaros volvieron, y el pequeño pueblo de al lado de este bosque maravilloso fue otra vez el más bonito del país.

En las casas, los habitantes supieron que no hay nada que no se pueda vencer sin coraje, valor y luz.

Alexia Lastchenco